

vos, los que nunca han saboreado ningún deleite, téticos, fatigados, repitiendo sus estrofas de gratitud al Altísimo. Y diríase que al andar arrastraran una cadena invisible; la que desde la cuna hasta el sepulcro, los sujeta al terruño y al señor.

Allá iban, ignorantes, miserables, desnudos, á la capilla; á saludar al Cristo feo, su Cristo de ellos, el único que les ofrece desde el encierro de su sucio marco de madera, sin palabras ni engaños, concederles lo que ansiosamente apetecen en su cerebro rudimentario y en su cuerpo mártir:

—¡El descanso! ¡El supremo descanso!!

II

Al alba y como de costumbre, se levantó fray Paulino; encaminóse, aún en paños menores, hasta la ventana de su dormitorio, y al través de sus vidrios empañados, detúvose un momento á contemplar el nacimiento del nuevo día, en tanto que sus labios, por claustral costumbre, rezaban de prisa la plegaria mututina y las campanas de la Catedral, en su lengua de bronce, pausadamente, la rezaban también, á su modo, allá en sus torres elevadas y pétreas.

Sin duda el frío,—que se explicaba en la celda,—mordió al sacerdote, pues tornó á la cama, cogió de una silla próxima sus panta-

lones, metióse en ellos á gran prisa, y en zapatillas y camiseta, fué y hundió en la jofaina cara, cabeza y brazos. Se enjugó con fuerza, para entrar en calor; á las volandas acabó de vestirse y ya de sotana, llegóse al reclinatorio de madera, dueño de un ángulo en la especie de recibidor que precedía á la alcoba y que completaba toda la vivienda. En el tosco mueble se arrodilló durante una media hora larga; ajeno á los progresos del día, á la luz que se colaba á raudales y al rayo de sol que, de repente, entró en la estancia; en místico recogimiento y misteriosa plática con una Purísima al óleo que descansaba en algunas cabezas de ángeles y que con su diestra sobre el pecho parecía detenerse su manto azul, á medio caer de sus espaldas.

¡El caso que hizo el sol de ese recogimiento!

Continuó sus avances, aumentando de volumen; instalóse en el friso del papel de tapiz, luego, á la mitad del muro; luego, en los pies de la santa imagen, y por último, en las mismísimas canas del eclesiástico, que

no se dignó ni volver el rostro ante el intruso. Concluído el rezo se incorporó, abrió de par en par las vidrieras de las dos habitaciones, llamó á uno de los sacristanes que habitan en el inmenso y clandestino convento, y consultó su *remontoir* de níquel; faltaban veinte minutos para las seis, y por consiguiente para su misa. A poco, la esquila del templo principió su llamamiento monótono y tenaz; subieron hasta el padre los ruidos tempraneros de las calles y en la puerta del recibidor apareció Joaquín, el sacristán, de bufanda al cuello y lagañas en los ojos; mustio, gangoso, puerco.

—Ave María Purísima!

—Hola, Joaquín ¿te has lavado ya?—le dijo fray Paulino de muy buen humor.

—No puedo todavía, padre, el catarro sigue....

—Agua, hijo, agua con él; lo que tú tienes es mugre.

Joaquín, refunfuñando, comenzó el aseo del cuarto. La esquila, que había enmudecido, volvió á sonar, el segundo toque, y fray Paulino, sacudiendo con la mano dere-

cha el bonete que llevaba en la izquierda, abandonó su celda; cruzó el sinnúmero de corredores que conducen á la escalerilla de madera de la primera sacristía,—muy oscura á esas horas,—y penetró en la sacristía grande, desierta y helada, con sus dos lámparas perennes, que por falta de aceite agonizaban. De cuando en cuando, oíanse en la iglesia fuertes toses de gente madrugadora, que en el silencio de la nave adquirían pavorosas resonancias, de gigante tísico que desde muy lejos tosiera. La caída de un bastón, el mover de su sitio á una silla, el traspies de algún distraído determinaban un sonido especial y casi metálico, muy seco á sus principios, multiplicado después por el eco y aumentando en gravedad conforme se perdía. El rezo á voces de las beatas, despertaba ideas de diálogos con espíritus del otro mundo, que contestaran por ininteligible y fatídica manera.

A las seis en punto asomó fray Paulino por la puerta lateral del altar mayor, siguiendo al acólito que conducía el misal; por la puerta que está bajo el púlpito, salió

apresurado un sacristán con la vela para la elevación, apagada, y las vinajeras cargadas ya, entrechocando encima del azafate de plata.

Hubo un murmullo en los asistentes que se arrodillaban, y fray Paulino, con toda unción, besó el ara, retrocedió hasta el borde del presbiterio, juntó las palmas de las manos y murmuró:

—“*Introibo ad altare Dei.*”

La misa continuó; bien oída por los fieles humildes, los constantes, que iban á rezarla con devoción, á diferencia del público mundano que frecuenta el templo de las once en adelante; bien dicha por el viejo sacerdote, que no la habría cambiado por ninguna otra, á pesar de los ruegos que á diario le hacían sus penitentes elegantes, las damas que presidían á conferencias, cofradías y guardias al Santísimo; las que realizaban limosnas muy sonadas; las protectoras de huérfanas y asilos. Fray Paulino no cedía su misa; ¿querían oírsele? pues á madrugar, menos teatro y recepciones, y todos saldrían ganando.

Era fray Paulino un cronómetro en sus costumbres y sólo así se comprendía que le alcanzara el tiempo. Misa á las seis, desayuno y su poquito de ejercicio en el claustro; de diez á doce, confesonario; luego comida y una siesta minúscula, de minutos, —la que reunida á su amor entrañable por los cigarrillos, constituían su debilidad. De la una á las dos ó las tres, sermón, ora en su iglesia ora en la más apartada, donde lo reclamaban. A renglón seguido, su segunda caminata, en plena calle y codeando al prójimo; á las Oraciones, encierro y trabajo intelectual hasta la media noche, en su gran obra: "Del Pecado," que de siglos atrás venía escribiendo. Por supuesto, sin contar en esta distribución los ratos consagrados al rezo. Tampoco había que contar las épocas de cuaresma ó sus análogas, durante las cuales los quehaceres se le centuplicaban á un punto con los ejercicios y retiros para caballeros, que ni daba plumada en sus manuscritos. Agregue Ud. á esto, su cargo de confesor de las religiosas del Santo Espíritu, —una vez á la semana, cuando

menos, si á las excelentes madres no se les atravesaba un escrúpulo,—y el de confesor de muchos de sus compañeros, y habrá motivo para admirarse de lo resistente de su evangélica paciencia. No obstante sus corridos setenta años, sobrellevaba estas y otras molestias con una conformidad verdaderamente admirable, sonriente y benévolo; alto de miras y de espíritu; sin ascos á la humanidad que tan á fondo conocía, antes al contrario, contemplándola con cariño compasivo desde su cerebro de sabio y desde su alma de justo; preocupado de los males incurables y eternos con que la infeliz camina á cuestas, á partir de que el mundo es mundo y hasta que deje de serlo; tratando de hallarle, no ya una cura, siquiera un remedio que la alivie y enderece.

El lo decía en el prefacio de su obra: "... siempre me he creído más médico que sacerdote y he procurado con mis absoluciones aliviar á más de un corazón que en el áspero camino de la vida he descubierto mutilado y sangrando, porque su dueño parecía complacerse en mirar cómo se le

desgarraba y hería prendido á las zarzas de la desesperanza....”

Lo raro en él era que había aprendido desgracias tamañas en el confesonario únicamente; pues desde muy pequeño, la vocación sacerdotal se le manifestó á las claras. Su fama de santo no la usurpaba, ¡qué iba á usurparla si la tenía ganada con sus actos! Solía declarar,—á los muy íntimos, se entiende,—que el ser resignado no le costaba sacrificio, razón por la que no debía suponerse tan meritoria su existencia ni achacarle virtudes y más virtudes que lo infatuarían á la vejez.

Pero, la verdad sea dicha, fray Paulino era bueno por temperamento, porque había nacido así, como otros nacen bizeos. Probábanlo sus antecedentes, su ignorada y humilde historia que á nadie contaba, ¿para qué?, su historia que él revivía á sus solas, en el silencio y tinieblas de su celda, cuando su imaginación indomable y soberana, sacudía las débiles cadenas de la voluntad y tendía el vuelo al pasado, sin hacer caso de los esfuerzos del anciano. Entonces, con

los ojos cerrados, reaparecían en su memoria,—cual para rejuvenecérsela,— los muchos años de su vida muerta.

Quieras que no, veíase nuevamente de rapaz, allá en la Coruña, de donde era oriundo, ayudando á su madre á llevar los montones de ropa sucia que ella lavaba, ó á bordo del bote de su padre, gastando todas sus escasas fuerzas de niño mal alimentado, en mantener firme el timón, en tanto que el otro recogía sus redes. Y los mismos miedos de antaño, los grandes miedos que sólo las cosas grandes, como el mar, saben engendrar, lo asaltaban ahora, mientras duraba la involuntaria evocación en su cama durísima de anacoreta. Allí estaba la enorme masa de crestas blancas y fondo negro, rugiente, encolerizada, quemándole la cara y las manos con sus escupitajos helados, sacudiendo á la barca que rechinaba y gemía como si de veras sintiese y de veras la lastimaran. Allí estaba, á distancia grandísima, la costa con sus luces, con sus casas, con su gente; el hogar con la madre de rodillas pidiéndole á Dios que

libertara de la borrasca á su marido y á su hijo. Allí estaban sus lágrimas, las que vertía sin poder enjugárselas, para no desamparar el timón, y que le resbalaban por la cara, tan saladas y abundantes como el agua del océano, hasta su boca entreabierta por el terror. Allí estaba su padre, medio enloquecido, mezclando las blasfemias á las plegarias, los golpes de pecho á las manibras desesperadas:

—Me caso con la hostia, ¡concho!... carga con el remo de estribor, tú!... ¡Virgen mía de mi alma, sálvanos, y éste y yo te llevaremos á tu santuario una cera de á duro;... sálvanos, Madre, sálvanos!....

Y la tormenta disminuía, como si realmente la Virgen se apiadara de ellos; se alejaba á ojos vistas yéndose muy allá, mar afuera, con tumbos roncós de fiera domada, que contra su gusto no devora. El marinero cumplía su voto; de la primera pesca abundante apartábase el duro, para llevar en familia el ofrecido cirio y dar gracias á la imagen, arrodillados frente al altar de la humilde iglesia desierta; los tres jun-

tos, el pescador, su mujer y su hijo; los tres asidos al cirio, que con el calor de tanta mano burda se derretía y doblaba.

También veía fray Paulino, las madrugadas de verano en medio del mar, los celajes y las coloraciones de los crepúsculos, el inquietante cosquilleo de las olas cuando el sol, indolentemente, se acuesta encima de ellas; la poesía melancólica de las noches de luna. Aún percibía los secretos perfumes de las aguas, sus infinitos rumores y sus voluptuosidades infinitas. El primer beso que conoció fué el de las ondas á la playa; el que se le antojaba muy ideal, muy desmayado y muy casto, el único que se convertía en ecos y en espumas. Ay! pero veía asimismo, las borrascas domésticas, mucho peores que las del océano, cuando su padre tornaba borracho y sin un cuarto; cuando no había cena ni luz sino golpes y palabras soeces; cuando de la miserable casucha oscura salían después, para confundirse con los jadeos del golfo, los sollozos de su madre y los ronquidos del ebrio. Ya en este terreno, los recuerdos del

sacerdote se amotinaban; recordaba igualmente las noches en que el amor conyugal de sus padres le robaba su sueño infantil poniéndolo grave y desazonado por no atinar á las derechas con las causas de semejantes ruidos: hondos suspiros de satisfacción, como de quien mucho goza; lamentos truncos y fugaces, como de quien mucho sufre; repentino rumor de lucha, como de combate de bestias, y al fin, una inmovilidad y un silencio como de muerte, ¿qué era eso?..... Y con sus pupilas dilatadas en la sombra, apoyado de codos sobre los flojos maderos del piso en que dormía, saltándose el corazón y con la boca seca, asociaba las diversas imágenes que lo preocupaban, las tempestades del mar y las de su casa, las bellezas del buen tiempo, la mole formidable de los transatlánticos que le despertaban ideas de cosas muy distantes, incomprendibles casi, y sentía anhelos de hallar en alguna parte mejor armonía y equilibrio; instintivamente su espíritu de criatura volvía á Dios, cual á seguro puerto y perenne fuente de venturanza que tenía que exis-

tir.... ¿dónde?... Ahí estaba el problema, el misterio, ¿en dónde existiría?... De fijo, en su casa no; ¿sería en el mar?... tampoco, el mar era cruel y criminal, se tragaba á la gente, lo mismo á la mala que á la buena, á chicos que á grandes, sin importarles las orfandades que siembra, insensible, movedizo, multicolor y formidable. ¿Sería en el campo.... en los montes.... ó en el pueblo grande....? Aunque no conocía á Madrid ni de nombre,—lo llamaba *Madriz*,—sospechábase que tampoco existía en él lo que anhelaba, por lo mal que mujeres y hombres se expresaban á ese respecto; no quedaba sino el campo, tal vez en el campo sí, y con seguridad plena existiría en los montes, allá, muy arriba, entre los picachos azules que parecían tan apuntados por su inmoderado afán de empinarse y empinarse hasta alcanzar el cielo. Porque él, Paulino, así se explicaba que hubiese montes; llanura en un principio, que horrorizada como él mismo, sin duda, de las miserias del suelo, en sobrehumano esfuerzo, hoy una pulgada, mañana un metro, subía y subía á las altu-

ras que no pueden habitar los malos. De ahí que el monasterio que lo entusiasmaba estuviera en las alturas aquellas y sus campanas sonaran á la manera de gorjeos de aves celestes portadoras de la dicha, que no se decidieran á llegar á la tierra baja y se ocultaran en las oquedades y quiebras de las mismísimas peñas, más blandas, sin embargo, que muchas personas que andaban por calles, tabernas y muelles. De ahí que el monasterio, contemplado desde abajo, se mirase blanco, sereno, envidiable; con sus torres erguidas, su cruz abierta de brazos y sin Cristo enclavado en ellos,—para no estorbar que los arrepentidos fueran y ocuparan su puesto y en él se purificaran á fin de que ya purificados se repitiese el milagro de la ascensión, una ascensión no del Hijo de Dios sino de hijos de los hombres; los que mataban en la guerra, en los caminos, en sus riñas; los que se embriagaban y golpeaban á sus esposas y rapaces; los que regresaban de los presidios, los ladrones que pasaban trineados por la Guardia Civil. Una ascensión de todos los malos, perdona-

dos ya; una ascensión sin grandes trabajos, supuesto lo cerca que la tal cruz quedaba de las nubes y supuesto lo cerca que de las nubes está la Gloria.

Seguro de que el remedio se hallaba en el monasterio, Paulino comenzó á rondarlo con la vista primero, aproximándose luego, muy poco á poco, á sus cercanías; una verdadera persecución de enamorado, tímida, á hurtadillas, mirándolo sin verlo, cual si la tosca fábrica de piedra se pecatara del galán. Sus padres nunca supieron hacia dónde se les escapaba Paulino; buscábanlo en la plaza, frente al cuartel, en los esteros, en todos los sitios favoritos de los granujas de su tiempo, y ni quien diera razón:

—“Paulino?... ¿su hijo de Ud. y del tío Bruno?... pues oiga Ud., tía Colasa, nosotros no sabemos.... ¿no se las habrá *guillado*?”

A los regresos del enamorado, lo acribillaban á preguntas Colasa y Bruno, tirábanle de las orejas, le menudeaban cachetes y pellizcos, exasperados ante su mutismo y conformidad:

—¿De dónde vienes, bandido?... te mato si no hablas, *perdío!*

Y el chico en sus trece, aguantando el chubasco de dicterios y de obras, sin despegar los labios, antes sintiendo refinado placer con los inícuos tratamientos que le hacían más adorable su monasterio; mejor que por él sufriera, mejor; haríase más digno de él, de que le abriera sus puertas, ampliamente, como la cruz del ábside abría sus brazos desiertos, en eterna espera de los pecadores arrepentidos. Sus escapatorias y correrías hasta las vecindades del monasterio, estimábalas Paulino á modo de secreto inviolable y por nada del mundo las revelarí. Azotes y regaños dábalos por bien empleados, entre otras cosas, porque aguijoneaban su enfermizo misticismo; ese su interno afán de ganarse el cielo que prometía la cruz de hierro así como los religiosos, que él se imaginaba otros tantos santos en deliquios perennes con sus rezos y ganándose día á día su triunfal entrada en el paraíso.

A la mañana siguiente de que en su casa le habían reñido, cobraba nuevos bríos y hu-

yendo de curiosidades importunas largábase al cerro donde el Convento descansaba, llegábase aún más cerca del lugar conquistado la víspera, y en él permanecía quietecito y sacudido por la emoción. Hasta que en cierta vez acaeció lo que de acaecer tenía, que el monasterio le abrió sus puertas y él se supuso transportado al mundo mejor que columbraba en sus ensueños de chiquillo neurasténico. Arrodillóse á los pies del primer monje con quien tropezó, y entre lloriqueos infantiles, cicatrices de las palizas paternas y la natural simpatía que todo muchacho inspira, fué llevado donde el prior y admitido en audiencia personalísima:

—“¿Qué apetecía?...”

—“Lo que apetezco!—murmuró tartamudeando,—pues no salir de aquí; que Uds. me acepten en calidad de criado, de lo que mejor quieran; no volver á mi casa, ni allá abajo; que Uds. me lleven consigo á algún lugar en que nadie me haga daño, en el que Dios se duela de mí y se apiada de mis padres....”

—“Sus padres! ¿Y quiénes eran sus

padres? ¿Por qué ambicionaba abandonarlos?....”

Cuando hubo dicho que sus padres eran el tío Bruno y la Colasa, el prior se condeció, quizá conocía la mala reputación de éstos, porque en seguida lo aceptó, con caricias y halagos, y este comienzo de su vida eclesiástica,—tan intachable después,—fray Paulino no se lo perdonaba nunca; era su remordimiento perpétuo, el gusano que roía su bien ganada santidad y constante penitencia. No sólo no se perdonaba el abandono que había de llegar más tarde ó más temprano, no; perdonábase menos lo que él calificaba de su “desnaturalización,” aquel reprobado movimiento de su espíritu que lo impelió á erigirse en tribunal de las faltas de sus padres, sus pobres padres, más dignos de cariño y compasión conforme fueran más ordinarios y viciosos. Ese remordimiento todavía hacía estremecer y perseguirse, derramar lágrimas amarguísimas que le abrasaban sus rugosas mejillas de viejo, y que él dejaba correr, para con sus quemaduras tardías acabar de borrarse la inde-

leble mancha. De nada le servía alegarse lo fuerte de su vocación, la necesidad imperiosa y avasalladora atracción con que la vida claustral desde lejos lo fascinaba; su conciencia, su misma conciencia de justo reprobaba el sucedido, y sus entrañas, las que jamás habían vibrado con carne de mujer, temblaban con persistente arrepentimiento al censurarle sus proceder de hijo ingrato. Y como la muerte no devuelve á los que se lleva; como no es posible desagrar á los idos, fray Paulino lloraba, había llorado distintas veces, en memoria de lo que conceptuaba un delito, al que debía, no obstante, su levantada benevolencia en el sagrado tribunal; sus anchas y generosas miras para perdonar las culpas que sus penitentes le confiaban y él oía en las negruras del confesonario, si no excusándolas de antemano, sí ayudando á los mismos autores á descubrirse atenuantes y entrándose con ellos á las profundidades de sus conciencias á remover aquí y escudriñar allá, hasta que á la fuerza tropezaran entrambos con alguna virtud oculta que ope-

ner al pecado. ¡Qué raras eran sus iras y cuánto más raras sus indignaciones, así le dijeran los mayores horrores y atrocidades! Parecía adivinar las torturas que en un creyente origina la culpa, los temores de no alcanzar la remisión y de irse al infierno tan temido precisamente por lo mucho que lo niegan. Asomado á las almas, fray Paulino las serenaba y fortalecía; sí, el infierno existe y podemos parar en él, pero antes está la misericordia divina que apenas exige sacrificios; la que en su generosidad, confórmase con que de veras nos pese el haber ofendido á Dios, para olvidar toda una vida mal empleada; la que ahorra por una buena muerte los castigos eternos. Vez hubo en que fray Paulino llorara consolando á un penitente, á la par suya, cual si juntos fuesen responsables y juntos tuviesen que expiar la falta. Sin embargo,—su infantil ingratitud aparte,—qué poco podía echársele en cara; qué existencia sacerdotal tan edificante y digna de encomio! Crecido dentro de un monasterio y con la semilla mística floreciéndole hasta por los poros,

fácil es imaginar que primero había sido el orgullo y después el ejemplo del claustro. Si agregamos lo que es de agregarse, su gran talento natural sólo en espera de cultivo para dar sus frutos, tendremos la silueta del colegial aprovechado, del sacerdote más tarde, del misionero en seguida, y á lo último, del predicador de fama, del teólogo eminente y del anciano venerable que las madres del Santo Espíritu eligieron por director de sus conciencias. ¡La acertada elección!

Fray Paulino, entre otras virtudes, contaba con una castidad inverosímil casi; nunca, lo que se llama nunca había palpitado su carne con el contacto íntimo de carne de mujer; el Espasmo, que es causa del mundo y principio y fin de nuestra vida, le era desconocido,—que no era conocerlo el haber experimentado de mozo, en el ingrato lecho de un seminario matritense, de tiempo en tiempo y cuando la sana alimentación y su exceso de juventud lo exigían, cuando estaba indefenso y dormido, las falsificaciones del deleite que postran las fuerzas,

entristecen al ánimo y no son sino los gritos de la naturaleza oponiéndose á que nadie tuerza y desobedezca sus leyes. Fuera de estas escaramuzas con uno de los tres enemigos del hombre,—que por cierto lo sumían en indecibles atrenzos,—la verdadera batalla de los sexos, ¡la perpétua y mortal batalla!, jamás habíala librado. De pequeño, porque los cuadros eróticos de sus padres, que no se preocupaban de las desgarraduras que inferían al candor de su hijo, lo asustaban, provocábanle náuseas y repugnancias; si el amor á eso se reducía ¿para qué probarlo?;—y luego, conforme creció, porque su organismo, sin duda, no se hallaba conformado para el acto aquél. Siempre sintió una mezcla de miedo y de desgano cuando sus compañeros de pubertad y de estudios religiosos lo invitaban á sus parrandas clandestinas. Y claro, físicamente, vínole una atrofia que, por mucho que no la advirtiera en sí misma, no obstante palpaba sus efectos, en la total carencia de apetitos, en su inalterable calma junto á una mujer bonita, en lo derechos y lozanos que le brotaban

sus pensamientos á las horas de asueto concedido por “la loca de la casa.” Moralmente, vínole una recrudescencia de todos sus misticismos, un comprensible orgullo de considerarse por cima de pasiones carnales, de la porquería inherente á la humanidad,—que en tan sucia la convierte; un comprensible orgullo de considerarse libre de los tiránicos ordenamientos de la materia, que por final, se corrompe y agusana. Siquiera mientras tanto, no fuese enteramente puro, ojalá!, sí sería lo suficientemente limpio para consagrarse á la iglesia y con sus manos de padre restañar las hemorragias internas de que se quejan los corazones que aman.

Entonces y á la manera de los médicos que se declaran especialistas de dolencias determinadas y son las que mejor estudian, fray Paulino dedicóse á estudiar desde su confesonario las secretas cuitas de los amantes. Lo raro fué que aún conociendo el amor sólo de oídas, en el acto distinguía cuándo era un amor legítimo y sin freno y cuándo no era más que la máscara que

encubre sentimiento diverso. Enderezaba su indulgencia al primero, como si los que mucho amaban amaran por cuenta propia y un poquito también por lo que él no había amado. De aquí sus grandes conflictos, sus instantes de meditación profundísima para no absolver lo que prohibían los cánones. Odiaba el adulterio en cualquiera forma; anatematizábalo severamente y, á ese paso, con qué proximidad uno de otro los escuchaba de sus hijas de confesión más principales. En ocasiones, á solas en su celda, lamentábase en alta voz de tan feo crimen, no le encontraba dique ó lo que fuera, pues semejante á esas grandes inundaciones que periódicamente devastan á ciertas comarcas, sin humano remedio que las contenga, por modo idéntico el tal adulterio inunda y devasta las sociedades más civilizadas. Él disculpaba mil veces los casos pasionales en que una mujer libre de cualquiera edad y condición, se marcha con un hombre, libre también; pero no disculpaba un solo adulterio, imposible. ¿Por qué jurar fidelidad y de pronto romperla?

Un voto es un voto y de cumplirlo tenemos, aunque quedemos desgraciados para siempre; lo que por otra parte era,—al decir de fray Paulino,—perfectamente falso. ¿Desgraciados y con la conciencia satisfecha?...

Por estos y otros horrores femeninos,—que sólo en el confesonario pueden conocerse en su íntegra deformidad,—por el dicho de los santos padres, que en ginecología se han ocupado, y por lo que él ratificaba con su experiencia personal, para su criterio la mujer seguía siendo el mónstruo diabólicamente hechicero y tres veces impuro que nos arrastra á la perdición; el sér en quien más á menudo encarna Satanás para tentarnos; la Eva del Génesis multiplicada sin cesar, mas conservando sus eternas falsías, sus atractivos eternos y sus eternas desnudeces impúdicas.

Había en los excesivos enconos del sacerdote, una nostalgia amarga y no comprendida, por esa misma mujer de la que abominaba por no haberla conocido ni haber gustado en ella ninguno de sus cariños, ni el materno, el que nos brinda

el supremo consuelo cuando el de otra mujer nos falta ó nos tortura. Era fray Paulino el arquetipo del huérfano del amor y un rabioso para cuanto con el amor se relaciona; y por lo que á la mujer mira, palabra de honor que no la pasaba, que en la vecindad de una de ellas considerábase vecino á un abismo; no digamos ahora con sus setenta años, que á carcajadas reían de tentaciones de esa especie, antes, cuando joven, había sido igual. No las tragaba ni de monjas, que no; la única mujer por él venerada era la hermana de San Vicente de Paul, en tanto que era hermana militante; si tornaba al mundo, peor que peor.

De suerte que al notificársele la elección que en él habían hecho las madres del Santo Espíritu, sufrió una contrariedad mayúscula, y si á contrariedades no se hubiese alimentado desde pequeño, se habría opuesto y marchádose de cura á un poblacho de indios bárbaros. Mas como nadie se opone á las determinaciones de la Compañía de Jesús, siendo de ella miembro activo, y como la disciplina individual de fray Paulino era

muy estricta, desahogó su bilis cerrando de golpe uno de sus librazos en pergamino, y al aristocrático Colegio encaminó sus pasos un sábado que de él lo requirieron.

—Si creen las hermanitas,— iba refunfuñando por el camino,—que se van á topar con un clérigo blando y que ha de volverse todo almíbares y besamanos, se llevan un chasco redondo como una O; vaya si se lo llevan!.....

Fray Paulino no volvía de su asombro; las “hermanitas” habíanlo derrotado primero y luego habían realizado la conquista más completa de su individualidad moral; habíansele metido por ojo, sin apelar ni muchísimo menos, á los “almíbares y besamanos” profetizados en su arranque de mal humor. Muy lejos de eso; las relaciones espirituales eran lo que debían de ser, de oveja á pastor; mas de oveja con un vellón que otro ligeramente polvoso, que al menor soplo se asea, á pastor experimentado y recto á quien más de un rebaño turbulento y bravío debe su salud; y las relaciones mundanas eran ceremoniosas y atentas, con